

Tedeum Fiestas Patrias 2026

1 Cor 12, 14. 27-31

Lucas 7, 11-17

El relato del evangelio nos presenta una situación que parece una parábola para examinar nuestra convivencia como hijos y hermanos de una misma tierra. Dos grandes grupos de personas que van por un mismo camino, pero en sentidos opuesto. Jesús, sus discípulos y una gran multitud. Van hacia la ciudad. Saliendo de ella viene un cortejo fúnebre. Van a enterrar al hijo único de una mujer viuda.

Quienes acompañan a Jesús van alegres, son testigos de la vida nueva y la esperanza que se inaugura con Jesús y la buena nueva que anuncia. Proclama Bienaventuranzas para los pobres, para los que sufren, para los que lloran. Anuncia que los que con paciencia y mansedumbre trabajan por la paz y la justicia triunfarán. El cortejo fúnebre va remecido por el dolor de la muerte y por las sombras de un futuro sin esperanza para esa mujer que a su viudez se le ha añadido la pérdida de su único hijo. Avanzan a paso lento, heridos por una historia donde no hay futuro, donde no hay esperanza alguna.

Dos columnas que van en sentidos inversos. No son el bien y el mal que se confrontan. Es la esperanza anunciada por Jesús la que se ve interpelada por la cruda realidad. También hoy, quienes peregrinamos en esta tierra, nos cruzamos llevando historias muchas veces muy contrapuestas. Unos alegres y llenos de esperanza, y otros heridos por mil fracasos y exclusiones. En nuestra Patria, también se cruzan cotidianamente la vida y la muerte, el dolor y la alegría, la esperanza y el desaliento. En este día de fiesta nacional, también la vida de tantos que caminan abatidos y sin esperanza nos interpela cuando cantamos con entusiasmo que la Patria es “la copia feliz del edén”

No es difícil ponerle nombre a las sombras de desesperanza en nuestra Patria. Violencia, inseguridad, crimen organizado, el flagelo de las drogas. Estancamiento del desarrollo económico y su expresión más dramática que es el desempleo, especialmente grave en nuestra región. Un contexto internacional herido por la violencia de guerras atroces, que se sabe cuándo comienzan pero nunca cuándo terminan. El cambio climático y sus variadas

consecuencias. La creciente polarización en el mundo social y político que impiden avanzar hacia un proyecto compartido. Y en medio, la vida de las familias, en parte absorbidas por la vorágine de la vida moderna y sus seducciones, más pequeñas y frágiles. Con menos hijos, y esto último no es menor, sino de la mayor gravedad. Sin hijos, lo sabían bien quienes acompañan a esa pobre viuda, no hay futuro. No es difícil retratar lo que ensombrece nuestra historia.

El punto focal del relato está en el encuentro de estas dos peregrinaciones. Pienso en la tensión entre los discípulos de Jesús y la muchedumbre que lo acompañaba cuando vieron acercarse a ese grupo que peregrinaba herida y desesperanzada. ¿Qué sucederá cuando se crucen? ¿Bastará guardar un respetuoso silencio por un momento y continuar como si nada? Tantas veces sucede así. Nos cruzamos sin vernos, sin reconocernos. Habitamos en una misma tierra pero vivimos ensimismados en nuestros afanes personales.

El relato evangélico dice que Jesús vio y tuvo compasión. Tuvo empatía y se involucró: “No llores” le dijo a la mujer y acercándose al difunto le dijo. “Joven, a ti te digo, levántate”. Este es el acto inaugural de la Patria.

Ella no se constituye por el solo hecho de habitar en una misma tierra. Hace falta algo más, Chile, emerge cuando somos capaces de reconocernos y hacer nuestras las alegrías y los dolores de quienes nos rodean, cuando con empatía nos dejamos tocar por sus angustias, aunque sin dejarnos abatir, sino que las enfrentamos con el vigor de la esperanza que viene de Dios, y por lo mismo, buscamos involucrarnos de alguna forma en la superación de los males que aquejan a nuestros compatriotas. La patria surge allí donde la indiferencia es derrotada por la empatía y la solidaridad.

Al entonar el canto del Tedeum venimos a dar gracias a Dios por todos quienes se han involucrado activamente en la gestación de esta historia de encuentros y de fraternidad que es la Patria. Suele ser que estamos más impactados por las sombras de la desesperanza. Pero basta afinar un poco la mirada para reconocer el resplandor de la esperanza que nos sale al encuentro en todos los espacios. Es la columna humana que sigue a Jesús. La que junto a Jesús se deja

conmover ante el hermano desamparado y se involucra en la tarea de la justicia y la dignidad de todos los que caminan por nuestros caminos.

Y bendito sea Dios. Son muchos, muchísimos más. No suelen hacer noticia porque siempre lo negativo es más bullicioso. Los que no se dejan abatir sino que se sostienen en la esperanza, y por ello cumplen su oficio con fidelidad y amabilidad, procurando siempre el bien de los demás. Los que comprenden la trascendencia del trabajo que realizan al servicio del cuerpo social. En la educación y en la salud. En cada uno habría tanto que decir. En los servicios públicos y en el resguardo de la seguridad. En el aparato productivo, financiero y el comercio. En la vida de las familias, muy especialmente. ¡Qué valiosa es la vida de nuestras familias! Y de los vecinos, que muchas veces se constituyen en verdaderos familiares. Tanto habría que decir de los voluntariados y las organizaciones sociales, culturales y deportivas. ¡Qué rico es Chile! Bendito seas Señor por quienes están en cada ámbito formando un cuerpo donde cada uno es necesario e importante. Con especial cuidado de empatizar con los que se encuentran en circunstancias más difíciles o están más vulnerables.

La historia de Chile nunca fue fácil. Si la recorremos con atención podemos reconocer las dificultades y las amenazas que en todo momento hubo que enfrentar. Pero pese a todo ello la llama del amor y de la esperanza no dejó de brillar. Y gracias a Dios, que nunca nos abandona, y al empeño de tantos, pequeños y grandes, hemos recibido la patria que hoy tenemos. Ella es herencia y misión que nos compromete. Hace un siglo la Virgen María, en la advocación del Carmen, fue coronada como Madre y Reina de nuestra Patria. Su íntima cercanía al corazón de todos, en las alegrías y los dolores, en las bodas de Caná y en el monte del calvario, es fuente de esperanza y consuelo en esta hora de la historia. Nos acogemos en sus brazos maternos para agradecer la Patria que recibimos y asumir con ánimo renovado la misión de hacer de Chile un lugar de encuentro y fraternidad.

Dios Bendiga nuestra Patria.

+ Galo Fernández V.
Obispo de Talca